



REVISTA DE LIBROS

## Relecturas

### Syme, Ronald: *The Roman Revolution*, Oxford, The Clarendon Press, 1939.

*Arnaldo Momigliano*<sup>1</sup>

I

Es fácil encontrar antecedentes de este trabajo monumental —*Nobilität* de Gelzer y *Adelsparteien* de Münzer, con los artículos en Pauly-Wissowa y en la *Prosopographia Imperii Romani*<sup>2</sup>—. También es sencillo señalar la conexión fundamental, pero independiente, con las ideas principales del *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, de Premerstein<sup>3</sup>. Es más difícil describir su valor intrínseco: el enorme y para nada pedante depósito de información; el método personal de combinar aspectos particulares justo en el punto en que es posible realizar

- 
- 1 Reseña publicada en *The Journal of Roman Studies*, Vol. 30, No. 1, 1940, pp. 75-80, © The Roman Society, traducción de Adrián Viale, publicado con el permiso de Cambridge University Press. Prohibida su reproducción. Todas las citas a la obra de Syme en el cuerpo de la traducción corresponden a la versión en castellano: *La Revolución Romana*, Barcelona, Crítica, 2010, traducción de Antonio Blanco Freijeiro realizada para la primera edición española de 1989. En nota al pie se encuentran las referencias a la versión original del texto de Momigliano, que corresponden a la publicación de *The Roman Revolution* de 1939. Todas las notas corresponden al traductor. Para más información sobre la traducción, véase la introducción publicada en este número de *Rey Desnudo*, pp. 196-206.
  - 2 Gelzer, Matthias: *Die Nobilität der römischen Republik*, Leipzig, 1912; Münzer, Friedrich: *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien*, Stuttgart, 1920. Pauly-Wissowa (P-W) es el nombre por el que es conocida la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, cuya primera edición fue comenzada por August Pauly, y la segunda y más conocida edición por Georg Wissowa. La primera edición de la *Prosopographia Imperii Romani saec. I II. III.*, fue realizada por Elimar Klebs, Hermann Dessau y Paul von Rhoden, Berlín, 1897-1898, y la segunda, comenzada por Edmond Groag y Arthur Stein en 1933, constaba de dos volúmenes y llegaba a la letra C cuando Syme y Momigliano escribían, y fue finalizada en 2015. Syme había reseñado estos dos primeros volúmenes en *The Journal of Roman Studies* Vol. 24, 1934, pp. 80-81 y Vol. 26, No. 2, 1936, pp. 286-287.
  - 3 Von Premerstein, Anton: *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, Múnich, 1937.

una construcción general; el buen gusto al describir hombres y situaciones; y, sobre todo, el vigoroso poder de extraer de un tema trillado una nueva imagen llena de vida, revelando una conciencia de valores más profunda que la simple aceptación de la vida misma.

Ronald Syme es desde hace tiempo conocido como uno de los historiadores más genuinos en un campo donde los filólogos buenos son muchos pero los historiadores pocos. Ahora comprendemos que su estilo taciteano no es solamente un hábito formal. La aseveración de Concetto Marchesi de que entre los historiadores antiguos Tácito es eminentemente moderno se vuelve cada día más verdadera, me temo, y tal vez no por elección. La caracterización de Tácito que el autor nos otorga puede ser aplicada a él mismo: “el suspicaz Tácito, siempre atento al contraste entre el nombre y el contenido real de las palabras” (p. 396)<sup>4</sup>; y él es, como Tácito (al menos en su conclusión), un “monárquico porque su perspicacia le hace desconfiar de la naturaleza humana” (p. 632)<sup>5</sup>. Pero la austeridad de Tácito es corregida por la ironía de Gibbon. Después de haber leído libros en los cuales el color rojo de las letras de la *Monumentum Ancyranum* era objeto de asombrada admiración, podemos apreciar mejor que el sentido del humor es una cualidad no menos necesaria para lidiar con ciertos temas.

Es prematuro adivinar hasta dónde llegará Syme en esta evolución como historiador moralista desde ser un investigador de primera clase en historia militar. El libro —obviamente el mejor que ha aparecido sobre el tema desde el gran trabajo de E. Meyer<sup>6</sup>, al cual es antitético— requerirá mucha más consideración que las siguientes notas, escritas solo unas semanas luego de su aparición.

## II

Hasta ahora, en general, los historiadores se han preguntado qué fue lo que Augusto quiso hacer. La revolución fue el episodio, el principado su logro. Syme ve este logro como una función de la revolución. Una revolución es la aparición de una nueva clase dirigente. A partir de un análisis

---

4 “the suspicious Tacitus ever alert for the contrast of name and substance” (p. 324).

5 “monarchist from perspicacious despair of human nature” (p. 516).

6 Meyer, Eduard: *Caesars Monarchie und das Principat des Pompejus. Innere Geschichte Roms von 66 bis 44 V. Chr.*, Stuttgart, 1918.

sis cuidadoso de los miembros de los partidos enfrentados desde el 60 a.C. hasta el 14 d.C., Syme describe la acometida hacia el poder y otorga ya algunas pequeñas muestras de los dos posibles desarrollos futuros de su trabajo —el estudio de la ascensión de una *nobilitas* municipal en el segundo y primer siglo a.C. o el estudio de la fusión de la aristocracia italiana en una clase gobernante cosmopolita en el primer y segundo siglo d.C.— Esta parte es nueva y tienen un valor perdurable. Incluye algunos capítulos (v-vi; xii; xxiii-xxiv; xxvi) que permanecerán clásicos. Puesto que el libro será también utilizado como un libro de referencia para la investigación prosopográfica y contiene un índice de más de 30 páginas (además de las tablas familiares), no es superfluo añadir que su exactitud desafía incluso al pedante. El botín del reseñador se limita a la p. 514<sup>7</sup>, donde Paulo Emilio Lépido tiene como esposa a Marcela la Mayor (la visión correcta en p. 462, n 39<sup>8</sup>), y tal vez en el Índice, s.v., “Plautio Hipseo candidato al consulado en 52 a.C.”, sería mejor sustituirlo por 53 a.C. En general no solo los datos, sino las interpretaciones de los elementos prosopográficos son correctos. Los siguientes tres puntos, sin embargo, pueden hacerse como una anticipación parcial de la discusión general más abajo (III).

(1) Se le ha prestado insuficiente atención a los reyes-cliente o príncipes. Bogud, quien dicho sea de paso ganó la Battalla de Munda y murió por Antonio, y Rhoemetalces ni siquiera son mencionados. Lácares, el padre de Julio Euricles, asesinado por Antonio, tiene el mismo destino. Deyótaro y Juba II requieren mucho más tratamiento. Las pocas palabras (p. 582)<sup>9</sup> sobre Euricles son insuficientes y confusas. Es verdad que fue depuesto por Augusto, pero recuperó su posición antes de la muerte de Augusto y la transmitió a su hijo Laco (cf. E. Kornemann, *Neue Dokumente zum Lakon. Kaiserkult*, Abh. Schles. Gesell., 1929<sup>10</sup>; A. B. West, *Corinth* viii, 2, 1931, n. 67<sup>11</sup>). También deberíamos querer conocer la opinión de Syme sobre la actividad de Euricles en las cortes de Herodes y Arquelaos. Como Syme menciona que Euricles era dueño de la isla de Citera, vale mucho la

---

7 p. 422. El texto fue corregido en una edición posterior, y en la edición española figura por lo tanto Marcela la Menor.

8 p. 378, n. 3.

9 p. 476.

10 Kornemann, Ernst: *Neue Dokumente zum lakonischen Kaiserkult*, Breslau, 1929.

11 La inscripción latina número 67 del Vol. VIII, parte II, *Latin Inscriptions, 1896-1927*, de la serie *Corinth. Results of Excavations conducted by The American School of Classical Studies at Athens*, editado por Allen Brown West por Harvard University Press en 1931.

pena notar que es muy probable que Augusto se la haya otorgado a Esparta (Dión Casio 54, 7; cf. E. Kjellberg, *Klio* xvii, 1921, 52<sup>12</sup>).

(2) La importancia financiera de la clientela para el patrón no es considerada de manera suficiente. El tema es bastante amplio. Pero, tomando al azar sólo algunas instancias de un solo tipo de relación financiera —esos legados de los cuales Augusto estaba orgulloso (Suet. *Aug.* 101)— compárese los bienes que recibió de P. Vedio Polión (sobre el cual ver K. Scott *AJPh.* LX, 1939, 459<sup>13</sup>), o los tres pueblos Azotus, Iamnia y Fasaelis, que constituyeron una propiedad respetable pasando desde Salomé, la hermana de Herodes, a Livia (Jos. *Bell.* ii, 167, *Ant.* xviii, 31; para una discusión completa *Ann. Scuola Normale Pisa* 1934, 359<sup>14</sup>), o la inscripción de C. Cestio, el hombre de la pirámide (*ILS* 917a<sup>15</sup>), que incluyó entre sus herederos a M. Agripa y M. Valerio Mesala Corvino.

(3) Los intereses espirituales de las personas son mucho menos considerados que sus casamientos. Pero si L. Julio César, cónsul en 64 a.C., escribió un libro *de auspiciis*, Ap. Claudio Pulcro, cónsul en 54 a.C., un trabajo sobre disciplina augural (dejando de lado los otros ítems de su fervor religioso recogidos en P-W s.v.), y si C. Escribonio Curión dio el nombre al *logistoricus* de Varrón *de deorum cultu etc.*, entonces el camino hacia la política religiosa de Augusto es más claro: las actividades de Cn. Domicio Calvino (p. 502, n. 26)<sup>16</sup> son algunas entre muchas. Ap. Claudio Pulcro con sus intereses religiosos y agrícolas (Varro, *de r.r.* III) es un hombre extremadamente destacable, a quien Syme (p. 63)<sup>17</sup> difícilmente le hace justicia. Sobre Varrón, el juicio —“el viejo estudioso carecía de estilo, de vitalidad y de una idea directriz” (p. 304)<sup>18</sup>— puede ser correcto o erróneo; pero es seguramente injustificado no haber considerado su tratado *De Pace*, cuyas líneas principales, como ha demostrado H. Fuchs, tenemos en *Civitas dei*, xix<sup>19</sup>.

12 Kjellberg, Ernst: “C. Iulius Eurykles”, *Klio*, Vol. 17, 1921, pp. 44-58.

13 Scott, Kenneth: “Notes on the Destruction of Two Roman Villas”, *The American Journal of Philology*, Vol. 60, No. 4, 1939, pp. 459-462.

14 Momigliano, Arnaldo: “Ricerche sull’organizzazione della Giudea sotto il dominio romano (63 a. C. – 70 d.C.): II. Da Erode alla distruzione di Gerusalemme”, *Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa. Lettere, Storia e Filosofia*, Vol. 3, No. 1, 1934, pp. 347-396.

15 Primer volumen de las *Inscriptiones Latinae Selectae*, editadas por Hermann Dessau, Berlin, 1892.

16 p. 411, n. 4.

17 p. 45.

18 “the old scholar lacked style, intensity, a guiding idea” (p. 247).

Pueden hacerse otras observaciones. Poncio Aquila, el tribuno de la plebe en 45 a.C., cuya propiedad confiscada pasó a Servilia (Cic. *Ad Att.* xiv, 21, 3), y que vino de Sutrium, como Pais descubrió, basándose en *CIL* xi, 3245<sup>20</sup> (*Dalle guerre puniche a Cesare Augusto*, 1918, i, 324, n. 1<sup>21</sup>), debería haber sido mencionado. También nos falta C. Ateio Capito, el ominoso tribuno del 55 a.C.; P. Accio Varo, el general y almirante de Pompeyo; L. Julio César, el hijo del cónsul del 64, que jugó un rol importante en las negociaciones del 49. Más conspicua, tal vez, es la ausencia de A. Avilio Flacco, συμφοιτητής καὶ συμβιωτής de C. y L. César (Filón *in Flaccum* 19, 158), y más tarde amigo de Tiberio. Para clientelismo en las provincias, las familias de Julio Sacrovir y Julio Floro han sido pasadas por alto en silencio. La personalidad de los asesinos de César merecía ser analizada en mayor detalle: P. Servilio Casca Longo y su hermano (*Anth. Lat.* 457, R.<sup>22</sup>) ni siquiera son mencionados. El intento de Mucia Tercia de mediar entre Sex. Pompeyo y Octaviano no es registrado. Otras pocas personas y episodios son de alguna manera subestimados: por ejemplo Fausto Sila, el esposo de Pompeya, asesinado luego de Tapso; la rebelión de provinciales y soldados contra Q. Casio Longino en España en 48-47 a.C.; y, más importante, la aventura de Q. Cecilio Baso en Siria, que probó la posibilidad de resistencia y alianzas en el Este. Si la mujer de Cicerón, Terencia, luego del divorcio, realmente se casó primero con Salustio y más tarde con M. Valerio Mesala Corvino (Jerónimo, *adv. Iovinianum* i, 48; cf. Weinstock P-W s.v. Terentia, col. 714), debió representar algo —por lo menos riqueza—. La sugerencia “figmentum scholasticum” de *PIR*<sup>1</sup> v, n. 90<sup>23</sup>, aceptada por J. Hammer, *Prolegomena to an Edition of the Panegyricus Messalae*, 1925, 91<sup>24</sup>, tiene que contar con R. Reitzenstein, *Hermes* xxxiii (1898), 94<sup>25</sup>. Finalmente, preguntamos si el *praefectus praetorio*, Sex. Afranio Burro,

---

19 Se refiere a la hipótesis de Harald Fuchs: *Augustin und der antike Friedensgedanke: Untersuchungen zum neunzehnten Buch der Civitas Dei*, Berlin, 1926, según la cual Agustín habría sido influenciado por esta obra de Varrón en el libro XIX de su *Ciudad de Dios*.

20 *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

21 Pais, Ettore: *Dalle guerre puniche a Cesare Augusto*, Roma, 1918.

22 La *Anthologia Latina* editada por Alexander Riese, Leipzig, 1894 (2da edición).

23 Entrada 90 de la letra V en el tercer volumen de la primera edición de la *Prosopographia Imperii Romani*, Leipzig, 1897-1898.

24 Hammer, Jacob: *Prolegomena to an Edition of the Panegyricus Messalae: The Military and Political Career of M. Valerius Messala Corvinus*, Nueva York, 1925.

25 Reitzenstein, Richard: “Pseudo-Sallusts Invective Gegen Cicero”, *Hermes*, Vol. 33, No. 1, 1898, pp. 87-101.

cuyo origen en Gallia Narbonensis está fuera de discusión (p. 615, n. 56<sup>26</sup>; cf. ILS 1321<sup>27</sup>), perteneció a una familia que debía la ciudadanía romana a L. Afranio, cónsul en 60 a.C. La sugerencia ya fue hecha por Pelham *ap. Furneaux*, *The Annals of Tacitus*, xii, 6, pero aparentemente ha sido olvidada<sup>28</sup>. Syme mismo ha reconocido (JRS xxxviii, 1938, 120, n. 56<sup>29</sup>) que Afranius podría haber gobernado la Gallia Transalpina en el periodo 70-66 y, después de todo, 60-59 es aún una posibilidad. Cuanto menos, ningún argumento puede probar que Q. Cecilio Metelo Céler recibió Narbonensis, ni Cic. *ad. Att.* i, 19, o i, 20, ni Plinio *NH* ii, 170 (= Mela iii, 45, que podría referirse al gobierno de Metelo en 62 (L. Schmidt, *Hermes* xlii, 1907, 509<sup>30</sup>)), ni *Schol. Bob.* 149 St. (= p. 121 Hild.<sup>31</sup>; cf. Cic. *in Vatinius* 12, 30), que, *pace* E. Täubler (*Bellum Helveticum* 1924, 57<sup>32</sup>) puede como mucho probar que C. Pomptino estaba aún en la Gallia Transalpina en los primeros meses del 59, pero no demuestra que su sucesor no fuera a la provincia más tarde ese año. Por lo tanto no tenemos razón para preferir a Afranio Metelo, que sabemos que permaneció en Roma por el resto de su vida. En oposición a M. Gelzer (*Hermes* lxiii, 1928, 118, 135<sup>33</sup>), debemos además observar que el triunfo de Afranio (Cic. *in Pisonem* 24, 58) probablemente no tiene nada que ver con la Gallia Cisalpina: el “acta triumph.” de *CIL* lo conecta con España (cf. *Plut. Sert.* 19). Si la familia de Burro recibió la ciudadanía del cónsul del 60 a.C., esto puede sumar una nueva pieza de evidencia al clientelismo directo o indirecto de Pompeyo en Galia, discutido de forma admirable por Syme en *CQ* xxxii, 1938, 39<sup>34</sup>.

---

26 p. 502, n. 2.

27 Nuevamente el primer volumen de las *Inscriptiones Latinae Selectae*, editadas por Hermann Dessau, Berlin, 1892.

28 *The Annals of Tacitus*, editado con introducción y notas por Henry Furneaux, segunda edición revisada por Henry Francis Pelham y Charles Denis Fisher, Volumen II, Oxford, 1907. La cita es al libro XII, capítulo 42, renglón 6. A la publicación de Momigliano le falta el número de capítulo.

29 Syme, Ronald: “The Allegiance of Libanius”, *The Journal of Roman Studies*, Vol. 28, No. 2, 1938, pp. 113-125.

30 Schmidt, Ludwig: “Ariovist”, *Hermes*, Vol. 42, No. 3, 1907, pp. 509-510.

31 *Scholia in Ciceronis Orationes Bobiensia*, editado por Paul Hildebrandt, Leipzig, 1907.

32 Täubler, Eugen: *Bellum Helveticum. Eine Caesar-Studie*, Zürich, 1924.

33 Gelzer, Matthias: “Die lex Vatinia de Imperio Caesaris”, *Hermes*, Vol. 63, No. 3, 1928, pp. 113-137.

34 Syme, Ronald: “The Origin of Cornélius Gallus”, *The Classical Quarterly*, Vol. 32, No. 1, 1938, pp. 39-44.

## III

El libro de Syme no es tan sólo un análisis de los partidos en Roma: también es una interpretación general del principado de Augusto. El escritor va más lejos que la CAH<sup>35</sup>, abandonando la oposición entre la *Monarchie* de César (y Antonio) y el *Principat* de Augusto. Considera a Augusto simplemente como el más hábil y afortunado líder partidario en Roma. La política de Augusto luego del 27 a.C. es una consolidación de su propia facción (p. 397)<sup>36</sup>. La sucesión de Tiberio, al menos hasta cierto punto, es considerada la victoria de una nueva camarilla (p. 532, “detrás de Tiberio se halla una poderosa coalición de individuos y de familias”)<sup>37</sup>.

Podemos acordar fácilmente con la descripción realista de Syme de los intereses y ambiciones, frecuentemente inescrupulosos, que la Revolución Romana reveló: es un retorno al sentido común. Pero, obviamente, el escritor mismo piensa que el problema del principado romano es diferente: “El Estado romano, basado firmemente en una Italia unida y un Imperio coherente, fue completamente renovado, con nuevas instituciones, nuevas ideas e incluso una nueva literatura que era ya clásica” (p. 639)<sup>38</sup>. Así, nos encontramos nuevamente con un viejo problema: el pasaje del “*Ottaviano capoparte*” al “príncipe Augusto”, para usar las palabras de M. A. Levi<sup>39</sup>. Syme argumenta que la construcción augustea se explica por el trabajo de una facción y su líder; es el mero resultado de la voluntad de poder. Es tal vez posible encontrar en este libro algunas declaraciones que no son consistentes con esta posición (más abajo), pero, en general, sin dudas, la línea principal va en esa dirección. Si es así, debemos intentar reelaborar algunas razones sobre por qué una facción o incluso un partido, en el sentido de un número de hombres limitado, circunscripto, no puede explicar el principado de Augusto. En otras palabras, debemos reafirmar que la investiga-

---

35 *The Cambridge Ancient History*, especialmente volumen X, *The Augustan Empire, 44 B.C.–A.D 70*, publicado en 1934, en la que tanto Momigliano como Syme colaboraron.

36 p. 324.

37 “a powerful coalition of individuals and families stands behinds Tiberius” (p. 437).

38 “The Roman State, based firmly on a united Italy and a coherent Empire, was completely renovated, with new institutions, new ideas, and even a new literature, that was already classical” (p. 521).

39 Levi, Mario Attilio: *Ottaviano capoparte. Storia política di Roma durante le ultime lote di supremazia*, Florencia, 1933. Existe una reseña de Syme a este libro: “From Octavian to Augustus”, *The Classical Review*, Vol. 48, No. 2, 1934, pp. 76-78.

ción prosopográfica no puede dar una interpretación suficiente de este periodo (y, deberíamos añadir, de ningún periodo histórico).

(1) La investigación prosopográfica tiene la gran virtud de llegar a los individuos o pequeños grupos, pero no explica sus necesidades espirituales o materiales: simplemente las presupone. La Historia es la historia de los problemas, no de los individuos o grupos. Si la suposición tácita de muchas investigaciones prosopográficas es que la gente se mueve por ambiciones personales o familiares, la asunción no solamente es sesgada; sustituye tendencias genéricas por situaciones concretas. Además, en nuestro caso especial, dada la naturaleza de los documentos disponibles para la historia romana del primer siglo a. C., la investigación prosopográfica está destinada a quedar restringida a los líderes, y estos podrían ser menos significantes que las masas. Al libro de Syme le falta contexto. No se da una clara descripción de la situación del Estado romano antes de la revolución. La clientela de los viejos días había sido la fuerza de la aristocracia senatorial. La del último siglo a. C. destruyó el gobierno senatorial. ¿Por qué? Δύναμις y Τύχη, elegidas por Syme como las divinidades que presiden (p. 2)<sup>40</sup>, son aterradoras, pero demasiado vagas.

Si tenemos incluso que discutir la legitimidad de comenzar una historia de la revolución romana en el 60 a.C., no es por una cuestión de fecha. Salustio (con ayuda de Sisenna) había ya descubierto que el principio coincidía con la muerte de Sila. El decenio 80-70 determina los problemas en su perspectiva adecuada. El estudio histórico de U. Kahrstedt, *Die Grundlagen und Voraussetzungen der römischen Revolution*, 1927<sup>41</sup>, lo señala de una manera obviamente errónea. La gran aventura de Sertorio, el *Putsch* de Lépido, la rebelión de Espartaco, los piratas, la guerra mitridática, dan de Oeste a Este la medida de las dificultades inminentes. Tomando sólo a Sertorio, los últimos diez años han producido cuatro interpretaciones remarcables, por Berve, Treves, Schur, Ehrenberg<sup>42</sup>, pero no han enfatizado de manera suficiente el punto decisivo de la influencia de Sertorio en la historia romana. Sertorio y sus españoles obligaron al senado de Sila a dar todo el poder a

---

40 p. viii.

41 Kahrstedt, Ulrich: "Die Grundlagen und Voraussetzungen der römischen Revolution", en *Neue Wege zur Antike* IV, 1926.

42 Berve, Helmut: "Sertorius", *Hermes*, Vol. 64, No. 2, 1929, pp. 199-227; Treves, P.: "Sertorio", *Athenaeum*, Vol. 10, 1932, pp. 127-146; Schur, Werner: *Sallust als Historiker*, Stuttgart, 1934; Ehrenberg, Victor: "Sertorius", en *Ost und West. Studien zur geschichtlichen Problematik der Antike*, Brunn, 1935.

Pompeyo —a destruir la constitución de Sila—; y Pompeyo heredó la posición de Sertorio como patrón de los íberos. La victoria o ‘vendetta’ de Sertorio fue tremenda. Los íberos se convirtieron en un factor fundamental de la revolución romana. 80-70 fue un decenio de rebeliones y represiones. Fue seguido por el ventenio de conquistas realizadas o intentadas de 70-50. Los líderes militares fueron forzados a conservar su poder a expensas del Senado, sin dudas; pero los forajidos debían encontrar oportunidades distintas a la rebelión. Al mismo tiempo, las clases altas de Italia y las provincias, aún jadeantes luego de los golpes de Sila y post-Sila, luego de la revolución y la reacción, encontraron una vía de escape en la clientela de los generales y vieron un nuevo futuro. La conquista siempre es una tregua: la gente tiene esperanza y muere. La revolución estalló cuando las derrotas militares, la reacción senatorial, y las rivalidades entre líderes pusieron fin a las conquistas. Partia era demasiado fuerte; la conquista de Egipto estaba prohibida; César estaba paralizado por la rebelión en Galia y la oposición en Roma. Cuando César movió sus legiones para conservar poder para sí mismo y ventajas para sus soldados, Italia y las provincias perdieron su calma. Pompeyo y César encontraron amigos y enemigos por todas partes. Ahora ofrecían mucho más que buenas posiciones en países remotos —el objetivo de la conquista era el Estado romano mismo—. Todo esto es bastante obvio, pero ha sido ignorado por los mejores académicos de nuestro tiempo, no sólo por Syme, sino también por Carcopino y Levi<sup>43</sup>. La revolución romana ha sido reducida a una lucha de facciones. Es, por lo tanto, necesario manifestar que la monarquía romana es un producto, no de hombres sobre los cuales es posible escribir artículos en Pauly-Wissowa, sino de personas oscuras, fueran italianos o provinciales, cuyo nombre es legión. Syme mismo, más de una vez, se ha acercado a la verdad: compárese p. 74<sup>44</sup> o, mejor aún, p. 629 donde encontramos la fórmula correcta: “Con el Principado no fueron sólo Augusto y su partido quienes ganaron; fue la victoria de las clases no políticas”<sup>45</sup>. En otras palabras dos ideas principales no claramente diferenciadas se presentan al escritor: la revolución como una nueva oligarquía; la revolución como el final de la oligarquía romana. La última era la correcta, pero la primera prevaleció. Los hechos que él presenta apuntan en esta dirección. Cada revolución tiene su pequeño grupo de líde-

---

43 Jérôme Carcopino y Mario Attilio Levi.

44 p. 53.

45 “with the Principate, it was not merely Augustus and his party that prevailed — it meant the victory of the non-political classes’ (p. 513).

res u hombres favorecidos; pero muy pocas revoluciones son explicadas por sus jefes. El estudio de los líderes es necesario, pero en sí no es suficiente.

(2) No hace falta decir que Italia tenía otras cosas que discutir más allá de las provincias. Italia tenía muy poco interés en los *Comitia* o el gobierno senatorial, pero no era ya distinguible del pueblo romano como una parte dominante del Imperio. Syme ha dedicado algunas páginas de gran importancia a las relaciones entre Augusto e Italia. Por primera vez el juramento de lealtad del 32 a.C. aparece en el relato histórico como el hecho central que merece ser: una feliz coincidencia con la reciente demostración de Premerstein. Aun así, no puede encontrarse un análisis completo de lo que Italia dio y recibió. Leemos: “en un cierto sentido, el Principado mismo se puede considerar como un triunfo de Italia sobre Roma” (p. 554)<sup>46</sup> y lo aprobamos. Pero Italia aparece aquí representada mucho más por personas con extrañas terminaciones en sus apellidos que por sus problemas religiosos, sociales y económicos. Obviamente, Augusto es diferente de Mario y Sila, Pompeyo y César, por no decir Antonio, solamente porque no buscó poder en las provincias. Él eligió Italia en cada momento de su lucha. El problema es descubrir cómo, en lugar de Cornelio Balbo y Teófanos, sus hombres fueron Agripa y Livio, y Virgilio. Los contemporáneos sintieron que esa lucha podía terminar con la victoria de tradiciones no itálicas. El mismo César, acertada o equivocadamente, provocó esta impresión. La CAH, que rechazó la idea de la *Monarchie* de César, fue obligada a sustituir la *Monarchie* de Cleopatra en las fascinantes palabras de Tarn. No importa aquí quién tiene razón, E. Meyer o el Dr. Tarn<sup>47</sup>. La oposición ha sido mantenida porque es real. Italia, que en efecto despojó al pueblo de Roma de todo poder político y redujo sus privilegios a la *frumentatio*, se volvió más y más romana: *Latinum nomen et Italiae crevere vires*. Roma nunca se sintió tan bien. Por otro lado, la vida municipal de Italia se volvió el estándar de la vida provincial. La nueva Italia no política se convirtió en el modelo del *orbis romanus* no político. Augusto, para obtener este doble resultado, tuvo que encontrar en la tradición romana algo que pudiera atraer a los italianos y, en la actividad italiana, un puente para las provincias. Aquí se encuentra la importancia de la política de Augusto: el pasaje imperceptible desde una tradición romana a una itálica y la creación de regulaciones que pudieran ser extendidas a muchos estratos provinciales. La estabili-

---

46 “the principate itself may, in a certain sense, be regarded as a triumph of Italy over Rome” (p. 453).

47 Eduard Meyer y William Woodthorpe Tarn.

dad social o el *laissez-faire* económico eran ya una inmensa ventaja para las clases altas en las provincias. La universalidad del Estado romano, como resultado de la reforma augustea, es el producto de una convicción y un fundamento administrativo. En el libro de Syme, las convicciones no son, me parece, suficientemente consideradas, y con la excepción de unas pocas leyes sociales, el fundamento administrativo no es estudiado. Se pierde la oportunidad de considerar los edictos de Cirene desde el punto de vista político.

(3) Si el principado de Augusto es el resultado de la victoria de los estratos no políticos del Imperio que pidieron una mayor participación en la maquinaria administrativa y quisieron una vida de paz, dignidad para sus familias, y el mantenimiento de un estándar religioso y moral, el ejército fue el clímax de este orden. Es significativo para el punto de vista de Syme que su conocimiento excepcional de los problemas militares del Imperio no haya encontrado un lugar en su libro. Para él, el ejército es un elemento del partido (p. 430 ss.)<sup>48</sup>. Al contrario, el ejército es la mejor ilustración que tenemos de que es imposible deducir la construcción augustea desde un partido. Un ejército no político fue posible sólo porque los estratos de reclutamiento fueron no políticos. El ejército ya no interfirió con el desarrollo de la vida civil, incluso en el Este, donde las legiones estaban más estrechamente conectadas con las grandes ciudades: la cultura y prosperidad de la vida imperial le debieron mucho a esta protección no intrusiva. Pero, de hecho, no hubo una diferencia sustancial en la mente de soldados y civiles. El soldado abandonó su país, como el mercader, sólo para regresar con un rango social más alto. Cuando reasumió su vestido civil en la vida pública sólo pudo sumarse a la indiferencia general en las opiniones políticas. Como la romanización fue mayormente un producto del ejército, la escuela militar multiplicó el hombre augusteo.

Agripa es ya el prototipo de estos grandes generales del Imperio —Aulo Plaucio, Domicio Corbulón, y Agrícola— que son ejecutores perfectos, pero *pueden* formar opiniones personales solo en temas que conciernen sus tareas particulares. El tratado *Στρατηγικός* de Onasandro es una sorprendente representación de este ideal. La única excepción a esta indiferencia fue la sucesión de un emperador, ya que en este caso generales y soldados estaban personalmente interesados. Tibe-

---

48 p. 353 ss.

rio sucedió a Augusto no sólo porque tenía detrás una poderosa coalición (p. 532)<sup>49</sup>, sino porque, en general, era aceptado por el ejército. Como resultado de la revolución augustea, cualquier revolución futura del Imperio, dependiendo del ejército, ocurrirá sin un programa político. Constantino es probablemente el primer emperador después de Augusto cuya elección implica realmente un programa revolucionario. Por esta razón él comienza una nueva era. *Civitas dei* está a la mano: el fin del hombre no político. El Estado no político había encontrado un enemigo insidioso dentro de la Iglesia.

Syme otorga, tal vez, su opinión final en la declaración de que “hay algo más importante que la libertad política; y los derechos políticos son un medio, no un fin en sí mismos. Ese fin es la seguridad de la vida y de la propiedad, y la constitución de la Roma republicana no podía salvaguardarlo. Cansado y desalentado por la guerra y el desorden civiles, el pueblo romano estaba dispuesto a renunciar al privilegio ruinoso de la libertad y a someterse a un gobierno estricto” (p. 628)<sup>50</sup>. En nuestra opinión, la verdad es diferente; si tomamos todo el movimiento 89-27 a.C., difícilmente pueda dudarse que en la revolución romana los líderes de una mayoría, que no tenían derechos políticos reales, desposeyeron a la clase senatorial y al pueblo romano como clase votante. Los italianos, que habían obtenido la franquicia romana, fueron destituidos de derechos reales por falta de un sistema representativo. Los romanos perdieron su libertad porque no la habían compartido. No entregaron su libertad en beneficio propio; fueron desprovistos de ella. El triunfo de la clientela, como Syme y v. Premerstein han analizado de manera tan fundamental, confirma completamente el hecho de que la gente que no tiene suficientes derechos se convierte en presa de agitadores políticos. La clientela no es una explicación, es una manifestación, —manifestación de un inmenso movimiento de gente, que prefirió a la libertad *de los otros* un gobierno que les prometiera y diera paz, justicia tolerable, una creciente cantidad de igualdad política, y buenas perspectivas de una carrera—. El monarca era, inevitablemente, monarca de todos. Si uno considera el Senado augusteo como el resultado simple del triunfo de un partido, nunca comprenderá que por doce o trece siglos, sino más, ese Estado fue el único Estado concebible.

---

49 p. 437.

50 “there is something more important than political liberty; and political rights are a means not an end in themselves. That end is security of life and property; it could not be guaranteed by the constitution of Republican Rome. Worn and broken by civil war and disorder, the Roman People was ready to surrender the ruinous privilege of freedom, and submit to strict government” (p. 513).

No tengo intención de menospreciar la pérdida para la humanidad que fue el declive de la libertad romana. Le tomó unos doce siglos a la civilización occidental reconquistar en las *comuni* italianas los principios del gobierno republicano romano; y quizás no es hasta Maquiavelo que encontramos nuevamente una verdadera experiencia política basada en la república romana. La *libertas* romana tiene un valor permanente. Pero es necesario tener en mente un hecho que, por ejemplo, se encuentra lamentablemente olvidado en la muy útil disertación de H. Kloesel sobre la *Libertas* (1935)<sup>51</sup>. Debemos distinguir la experiencia seria de responsabilidad política que caracterizó a la constitución de la república romana, de la conciencia de dignidad humana inherente en la libertad política como fue descubierta por esos hombres que vivieron al final de la República o en las luchas de la oposición senatorial o estoica contra la monarquía triunfante. Podríamos decir que el segundo regalo del Imperio Romano, además de su universalidad, es el conocimiento que otorgó *e contrario* de que el despotismo impone una degradación moral sobre el hombre. La *libertas* que educó a la Europa moderna viene de las cartas de Bruto, Lucano, Tácito, Plutarco: deriva, pero debe ser diferenciada, de la *eleutheria* griega y de la *libertas* republicana romana. Es tarea de un estudio completo de la revolución romana describir este pasaje desde la *libertas* republicana a la *Pax Augusta* y la oposición a la Paz Augusta en nombre de una más profunda, pero aún demasiado aristocrática, *libertas*.

---

51 Kloesel, Hans: *Libertas*, Breslau, 1935.